

ne así Lutero á la Iglesia, á la Escritura, á Jesucristo, mas aun como lo hemos visto, á la ley natural y á la conciencia humana. Esta monstruosidad profesada bajo el nombre de *Evangelio*, cuya profanacion le pone el colmo, ha sido el punto de partida y ha quedado siendo el fondo del Protestantismo.

“Esta produccion, dice el doctor Döllinger, es ciertamente la mas espontánea y original de las creaciones concebidas por el espíritu innovador, cuyo soplo levantó las tempestades del siglo XVI. Hánse complacido en considerar las sectas hereges de la edad media y á ciertos teólogos heterodoxos del siglo XV como precursores del Protestantismo, pero su afinidad con este no se estiende hasta el dogma fundamental de los protestantes sobre la justificacion.” (*La Reforma*, t. III, p. 4.)

De todos modos era esta doctrina de difícil aplicacion, y en su perfeccion satánica consistia su perfeccion humana. Tenia que habérselas con otra mas fuerte que ella, con esa conciencia formidable á la que pretendia ahogar. Esto fue lo que hizo decir á Lutero, que Jesucristo no habia podido practicar tal *Evangelio*, que tampoco lo habia podido San Pablo, y que él mismo, Lutero, sucumbió mas de una vez en esa lucha con su conciencia. Atribuye esa impotencia á la supersticion que le envenenó desde su infancia, haciéndole ver un Cristo legislador y juez, y por mucho que se esforzase en desterrar el recuerdo de esta supersticion, valiéndose de los mejores raciocinios, confianza que siempre le volvía. Tambien se manifiesta envidioso de la nueva generacion que, progresando en la nueva doctrina, se verá exenta de semejantes luchas.

La doctrina Protestante obtuvo un espantoso triunfo: logró en su país natal, en toda la Alemania, frutos dignos de quien los alcanzaba, y cuya exposicion histórica, en un artículo especial, acabará de hacerla conocer

escediendo á todo lo que la imaginacion puede lógicamente deducir de esta doctrina. No hay mas que decir sino que trataron la conciencia como el Papazgo; la reformaron, ó mas bien la sometieron á la reforma, término que parecerá chusco, y que no lo es sin embargo. Resistió mas tarde el Papazgo; pero no obstante su reaccion, no obstante el socorro que sin cesar ha recibido del Catolicismo, decirse puede que está paralizada y entorpecida.

Por lo pronto, no considerando la doctrina protestante por sus efectos, sino únicamente por su teoría, debemos acabar de exponerla, mostrándola con sus corolarios y complementos.

Cuando se rebuscan las causas que han podido dar cuna á la doctrina protestante de la justificacion, se halla que son complexas.

Que Lutero haya naturalmente amoldado su doctrina al estado de su alma, á la necesidad de luchar contra las angustias, y á la presion de una conciencia carcomida el sentimiento de una seguridad completa, la confianza en un estado de gracia asegurado, eso no debe ponerse en duda, sin dar prueba de una rara ignorancia del corazon humano. Eso es lo que por otra parte, y mas de una ocasion, ha dejado de entrever el mismo Lutero (1).

(1) Cada dia, dice, experimento en mí mismo cuán difícil es despojarse de una conciencia largo tiempo trabajada ó dominada por las instituciones humanas. ¡Oh! cuántas penas y esfuerzos he necesitado, aun fundándome en la sagrada Escritura, para justificarme ante mi conciencia de haber osado alzarme solo contra el Papa, mirarle como el Antecristo, á los obispos como sus apóstoles, y las universidades como sus casas de prostitucion. ¡Cuántas veces me lo ha vituperado mi corazon desfallecido! &c.” (Eb. Walch. XIX, 1305.)—“Yo era demasiado piadoso bajo la férula del Papazgo, cuando fuí monge; y me hallaba tan triste y afligido que pensaba no llegaria á estar nunca en gracia. Entonces decia yo misa y oraba, y en mi calidad de mon-

Que haya querido, para el éxito de su empresa, captarse á un tiempo las almas altamente cristianas y los mas pervertidos corazones; por medio de una doctrina que, ya enaltece hasta lo sumo el valor del sacrificio de Jesucristo, ya favorecida por esto, dispensa á la conciencia humana de todos los deberes, y autoriza todos los desarreglos, tal doctrina es á propósito para el lleno de tal designio, y el éxito ha correspondido demasiado bien para que puedan desconocerlo.

ge, y de mi órden, jamas ví ni poseí mujer alguna. Ahora el diablo, para hacerme sufrir, me sugiere otros pensamientos; porque á menudo me dirige este reproche; ¡Oh! á cuántos has seducido con tu doctrina! Como fundo mi causa en el Evangelio, libreme Dios de retractarme. Pero no obstante, el diablo con sus argumentos me impulsa á ello, con fuerza tal, que me sobreviene el sudor de la agonía; y cuando empiezo á vacilar sobre si hay Dios ó nó, me suscita escrúpulos de conciencia, como si hubiese yo enseñado el error y destruido la autoridad, á juzgar por tanto escándalo y rebelion como ha producido mi doctrina. . . . Este argumento y obgecion se hacen mucho mas difíciles de refutar cuando el diablo os dice: Mira, ¿cómo hallándote absolutamente solo quieres trastornar este bello órden de cosas, este admirable régimen, concebido con tanta habilidad y sabiduría?" (Ed. Walch., XXII, 1256, 1177, 1141.)—"Cuando Satanás se pone á discutir conmigo y á disputarme la gracia de Dios, no me atrevo á emitir estas palabras: El que ama á Dios tendrá el reino de Dios; porque en el acto me arroja Satanás este reproche: *¡Tú no has amado á Dios! . . .*" (L., c. XXII, 63.)—De ahí viene sin duda que Lutero borrase la caridad de las condiciones de la salvacion, y las redujese todas á la fe.

Hacia esto particularmente las noches en que Satanás, es decir, su conciencia, le atormentaba, y habla de él como de su compañero nocturno y de cama, que se acostaba con él, dice, mucho mas que su mujer. "Ved lo que me sucede: Cuando en la noche me despierto, no tarda en venir el diablo á verme y á disputar conmigo, haciendo que en mí nazcan los mas estraños pensamientos, hasta que hago un esfuerzo, cobro ánimo, y le digo: 'Dios no esta irritado como dices.'" (Ed. Walch., XXII, 672.)—"Hé ahí como busco mi defensa en la remision de los pecados y en Jesucristo." (L., c. III, 136 y sig.)—¡Oh, maravillosa doctrina del Protestantismo! ¡oh, amoldable Evangelio! ¡que no te hubiera conocido Tiberio cuando escribia al senado: *Háganme perecer los dioses mas cruelmente de lo que yo perezco cada dia!*

Pero lo que sobre todo es cierto es que ha querido rebelarse contra la fe y contra la autoridad católica al mismo tiempo que ha intentado oponer doctrina á doctrina, y que siendo la doctrina católica la única verdad, la única solucion del gran problema, se ha condenado relegándola al mas horroroso de los naufragios, que consistió en dar él, mas que otro alguno, fuertes golpes á esa piedra angular de la religion que liga verdaderamente al hombre con Dios, lo finito á lo Infinito, y que ha de ver estrellarse eternamente contra ella á todos los que tengan la insolencia de acercársele en sentido hostil.

Lutero, en efecto, ha ido á precipitarse con su doctrina al hondo y vulgar abismo de los panteístas, en que le precedieron las otras heregías.

En la doctrina de la *justificacion por la fe* se deriva de la del *albedrío esclavo* para ir á caer en la de la *predestinacion y el fatalismo*.

La doctrina de la justificacion, como la hemos visto, se halla el hombre tan debilitado, que no solamente no tospere á su salvacion por medio de la virtud, sino que no sabria oponerse al crimen.

Para establecer esta doctrina, necesitó Lutero de erigir como especial doctrina la negacion del elemento humano, la entera destruccion de la voluntad libre en el hombre, el albedrío esclavo. Conforme esta doctrina, el pecado original, no solo ha disminuido y debilitado la voluntad, sino que ha destruido completamente, estinguendo todas nuestras facultades intelectuales, todas nuestras aptitudes morales (1). Es no solamente

(1) "Digo que las facultades intelectuales no están corrompidas, sino debilitadas del todo por el pecado, tanto entre los hombres como entre los demonios, de tal modo, que no hay en ellos mas que una voluntad perversa, enemiga de Dios, tendiendo á lo que es contrario ó desagradable á Dios." (Ed. Wittenb., 1589, I, 99)

una enfermedad en nosotros, sino que es nosotros mismos, nuestra naturaleza intrínseca y todo nuestro sér (1). Compréndese entonces la inutilidad completa de nuestras obras para nuestra salvacion, pues son necesariamente malas, toda vez que somos el pecado. Despues como antes de que nos convirtamos, no cambian intrínsecamente de carácter. Dios mismo no puede mejorarlas. Tambien es cierto que nos salva, sin nosotros y á pesar de nosotros, quedándonos solo el trabajo de creer que nos ha salvado. Oigo bien á Jesucristo que dice: "Si queréis entrar en la vida, observa los mandamientos; pero de ahí solo deduzco que debo hacerlo. ¿De dónde sacar las fuerzas para obedecer el mandamiento? De los méritos de Aquel que lo ha hecho para nosotros, y por medio de nuestra fé en estos méritos." (*Sermones inéditos de Lutero*, página 124.) Por ahí se ve la relacion de la doctrina del Albedrío esclavo con la de la justificacion por la fé. El eje de todo este sistema religioso es, que siendo el hombre nada, y no siendo el hombre capaz de cumplir la ley divina, vino Jesus á cumplirla por sí solo, y á advertirnos que la observásemos. Dice Lutero, que lo mas que puede hacer el libre albedrío, cuando Dios en su gracia le ofrece el Evangelio, es despreciarlo y rechazarlo (2). Del mismo modo que la sierra no contribuye en nada al movimiento que la impulsa, así tambien mi voluntad no coopera en manera alguna á mi direccion moral y espiritual. En las cosas concernientes á la salvacion, el hombre es como una *estátua* como un *tronco* de madera, como una *pedra*.—Es la negacion de la personalidad.

Este artículo de la *voluntad servil* ó del *albedrío esclavo*, era considerado por Lutero como la quinta esencia y

(1) *Comun. in Genesim.* lat. Wittenb., 1580, VI, 37, 6.

(2) *L.*, c. VI, 515.

la flor de toda su doctrina, y lo llama *Omnium optimus et rerum nostrarum summa*.

Esta doctrina, dijimos, proviene del modo de considerar el pecado original, y aun de mas alto. El mismo pecado original, segun la teología protestante, no ha sido un acto libre, sino que fué Dios quien quiso y ordenó la caida del primer hombre; y para consumarla, le ha bastado retirar su espíritu y abandonar al hombre á sí propio. Abandonado el hombre á sí propio diz que su caida era inevitable, ¿y por qué?

Esto nos hace remontarnos á mayor altura, y á la verdadera fuente de la doctrina protestante. La vemos desenvuelta en la *Teología alemana*, obra del siglo XV, muy difundida y con frecuencia reproducida, hasta estos últimos tiempos por los Protestantes, y que Lutero puso en voga antes que ningun otro, acompañándola de un prefacio que decia: "No temeré poner *junto á la Biblia* una obra que me ha enseñado, *mas que ninguna otra*, lo que son Dios, Cristo, el hombre y todas las cosas."

El pensamiento fundamental de la *Teología alemana*, que se reprodujo bajo mil diferentes formas, es que "Dios es todo, y todo lo que no es Dios es nada." Lo finito, en esta doctrina no es solo nada, sino, como finito, un mal, una cosa criminal. Así en lo finito hay dos cosas: el *Sér*, que es esencialmente divino y bueno en todo, hasta en el demonio, porque este es el mismo Dios, y el *querer*, que no es nada, ó que mas bien solo es mal, porque es finito. El querer no es el ser, luego es malo; y es preciso atacarlo, ahogarlo sin cesar, á fin de ser ciego instrumento de Dios, cuando manifiesta sus divinas perfecciones: lo que debilita al hombre al mismo tiempo que lo diviniza.

Esta doctrina es el fondo del Protestantismo ortodoxo, es decir, que no ha seguido la vía del Naturalismo. Tal

es su primera y su última palabra. Hoy como en el origen se la ve instalada en el dogmatismo protestante, y la hallamos en las modernas exposiciones de la fé protestante como la *Teología Alemana* del siglo quince. (1)

En este completo justo medio del error, se halló á sus anchas el dogma de la justificacion; se dilató, y saliendo del órden espiritual cristiano, vino á ser el dogma de la *Predestinacion*, el *Fatalismo*.

Sábese á qué esceso, perfectamente lógico, llevó Lutero esta doctrina. Segun él, no puede haber ninguna propiedad moral en el hombre, ni en el ángel, ni en criatura alguna; pues en la idea de criatura se comprende la nada, como *origen* y como *estado*. Dios solo nos salva ó nos condena á su modo. Todo lo hace, es todo para nosotros, y nosotros no somos para él sino juguetes de su cólera y de su bondad, gratuitas la una como la otra.

Preciso es convenir en que el sistema es muy sencillo, sencillo como la nada, pero como la nada al engendrar el caos.

Así pasa el Protestantismo de la nada al caos, de la servidumbre á la licencia; y adormece al hombre, lo declara absolutamente siervo y pasivo. Mas como por eso no existe menos en la realidad la actividad del hombre, la deja entregada á todos los desarreglos de la naturaleza. ¡Si á lo menos se limitase á esto! pero consagra estos desarreglos, los *necesita*, segun él dice, arranca á ese corcel la brida del libre albedrio con que la voluntad lo dirige, y hace que monte en dicho corcel la Fatalidad calzada con espuelas, y lanza el caballo hácia los precipicios.—“La voluntad del hombre es semejante á un caballo, dice Lutero, y con él todo el Protestantismo. Móntela Dios é irá y querrá como Dios quiera y la lle-

(1) Véase el análisis de las respuestas á la *Simbólica* de Møhler, t. I, p. 11 de esta última obra.

ve; hágalo el diablo, y correrá á donde lo lleve el diablo. Todo proviene de los inmutables decretos de Dios. El hace en nosotros el mal y el bien, y así como nos salva sin que tengamos mérito para ello, así nos condena sin que tengamos culpa.” (*De Servo Arbitrio ad Erasms*, 1825. Walch., t. XVIII, p. 20,50.)

El emancipador del espíritu humano arrastra á la humanidad hácia ese Fatalismo turco. Por fortuna para la civilizacion, la Iglesia ha sostenido con energía el elemento sagrado de la libertad moral que Jesucristo nos concediera, y que solo ella puede guardar, porque solo ella puede conciliarlo con lo Infinito, dándoselo como desahogo.

En resúmen, la doctrina de Lutero no es mas que una amalgama de ruinas morales, fecundas en hacer ruinas sociales. Tal es la série de negaciones que forman el conjunto de su sistema. El pecado original ha extinguido radicalmente la naturaleza moral en el hombre, y por eso es el hombre absolutamente siervo. Sus acciones no tienen ningun carácter que le sea imputable; pues siendo nulas, no son para él buenas ni malas. El libre albedrio no es mas que una ficcion, y los mandamientos divinos una estratagema, cuyo objeto es el de convencernos, por medio de sus exigencias, de nuestra falta de poder; la conciencia y sus remordimientos no pasan de ser una añeja supersticion, una ilusion de Satanás; la práctica de buenas obras es solo una abominacion, por la cual queremos erigirnos en Dios, cuando ni hombres somos. Todo eso existe ahora y todo tiene sentido, virtud y efecto, pero solo en Jesucristo, que lo realizó para nosotros, y nos ha recogido el fruto, sin que por nuestra parte hayamos tenido que hacer mas que apropiarnos su justicia y santidad, y tener fé en esa imputacion á pesar de, ó mas bien, en razon de nuestros crímenes. El bien y el mal existen con mas ó menos vi-

gor, y por consiguiente, existen tambien la salvacion y las penas eternas; pero solo Dios hace en nosotros, solo Dios elige para nosotros lo uno ó lo otro; sin que podamos tener cooperacion alguna ni resistencia, pues somos esencialmente necesitados, y fatalmente predestinados. Desde entonces, concluia Lutero, la gerarquía y el sacerdocio no tienen objeto; el culto exterior es inútil y de nada sirve ocuparse de las cosas santas. La oracion, el ayuno, las vigiliass, las buenas obras, toda esa santa disciplina del alma, es una superfetacion que puede y debe ser reemplazada por la simple confianza en Jesucristo. Con la ayuda de este procedimientto, todo cristiano es sacerdote y puede administrarse á sí mismo la salvacion tantas veces cuantas le plazca, renovando este acto de confianza.

Ved ahí el Protestantismo tal como salió de los primeros escritos de Lutero: "*A la nobleza Alemana*,"—"*de la Perfeccion cristiana*"—"*de la Esclavitud de Babilonia*,"—"*de la Libertad cristiana*." Lutero hace valer muy particularmente en estos escritos esa proposicion, tan lisongera para el pueblo, de que todo hombre es sacerdote y soberano. Una y otra proposicion tuvieron naturalmente su origen de la gran proposicion panteista que era el punto de partida del Protestantismo, y lo ligaba á la cadena de todas las heregías precedentes, las que rezaban que el hombre era Dios.

Hemos podido ver, y concebimos el resto, todas las sublevaciones y estragos antisociales que debió el mundo á esta doctrina, en particular los escesos de los Picards, Lollards, y de los Husitas.

Ya nos hemos ocupado en la horrible guerra de los Paisanos, y mostrado su relacion estrecha y simpática con el Socialismo de nuestra época. Lutero se regocijó mucho por esto al principio, y escribia á Linck: "Por todas partes se subleva el pueblo; porque al fin ha abierto los ojos, y no puede ni quiere tolerar que se le opri-

ma. "Pero no tardó mucho la reflexion en hacerle ver que tales hijos podian comprometerle para con las potencias, y los negó despiadadamente, aunque en vano, porque los estravios de la clase pobre no eran mas que proposiciones sacadas de sus escritos. Tambien le escribia Erasmo, diciéndole: "Recogemos ahora los frutos de tu espíritu. Dices que es propio de la palabra de Dios el producir diversos resultados. Sí, pero yo pienso que esto depende del modo de predicar esta palabra. Tú niegas á los sublevados, pero ellos te reconocen como á su padre y doctor, y nadie ignora ya que las gentes que mas tenian en boca el nombre del Evangelio, han sido los instigadores de las mas horribles insurrecciones."

No bien se habia sofocado la guerra de los Paisanos, se despertó mas esterminadora y salvaje bajo el nombre de *Anabaptismo*. Lo que le dió un carácter mas pronunciado de estravagancia y barbárie, fué el haberse inspirado en la doctrina panteista—protestante, que aniquila al hombre, haciéndole instrumento, juguete fatal de la Divinidad, es decir, que autoriza y diviniza los instintos mas perversos, dándoles el carácter de inspiraciones. La doctrina de la justificacion por la fé, que asegura el perdon de todos los crímenes, por sola la confianza de obtenerlo, mediante los méritos de Jesucristo, acababa de desterrar los últimos escrúpulos y sofocar los últimos remordimientos de la conciencia.

Esta doctrina de la justificacion por la fé, fanatizaba sobre todo á los Anabaptistas. Su nombre de *Anabaptistas* se derivaba de que pretendian era necesario bautizar de nuevo á los cristianos en la edad de la razon, porque solo en esta edad podia el bautismo escitar en ellos la fé, en la cual hacian consistir la fuente de toda justificacion, cualesquiera que fuesen las obras, y por consiguiente el manantial de toda licencia.

No se observa lo bastante, porque se sirve en ella, toda la sabiduría, la economía admirable y verdaderamente divina de la doctrina católica en su sencillez completa.

Segun esta doctrina verdaderamente social, la diversidad y desigualdad de los méritos y obras, producen un cambio en la igualdad natural de los hombres. Establecen, en este y en el otro mundo una desigualdad de destino, fundada en la libertad y en la justicia, no menos que en la gracia. Cada cual es, segun esto, *hijo de sus obras*. Y si en este mundo esa desigualdad no es siempre la espresión equitativa del mérito, dos correctivos hay para cortar este desórden: la Caridad, que dulcifica los rigores del infortunio, y la Esperanza, fundada en la fé hácia una remuneracion futura del mérito, al cual sirve de prueba el mismo infortunio.

Tal es la doctrina eminentemente social y civilizada del Catolicismo.

Al suprimir el protestantismo la necesidad de las obras, haciendo resultar de estas la justificación de la fé, derribó todos los fundamentos de la desigualdad social y de la libertad humana. Si el mérito de las obras es ineficaz é inútil, si la fé en los méritos de Jesucristo basta por sí sola; pudiendo cada cual hacer este acto de fé, tantos títulos á la salvacion tiene uno como otro, cualquiera que sea su género de vida; pues esta fé nos hace á todos iguales. Resultando las desigualdades del mérito y de las obras, carecen de fundamento, y la ciudad de Dios desaparece en un horroroso comunismo.

Los Anabaptistas pusieron en práctica esta doctrina que debió el mundo á Lutero, y á la que llamó *libertad cristiana*; é hicieron naturalmente que descendiese á la tierra el Comunismo que él colocara en las alturas. Manumitido por la sola fé ante Dios, pretendió cada cual serlo por igual medio ante los hombres. ¿Si las obras

no justifican á los elegidos del cielo, cómo podrian justificar á los grandes y á los ricos que son los elegidos de la tierra? ¿Cómo podrian ser un título para sus distinciones y riquezas? ¿Si los méritos de Jesucristo nos libran con pleno derecho de la servidumbre del pecado, cómo no nos libran igualmente de la servidumbre de la miseria?—“Todos somos iguales, todos hermanos por la fé decia el gefe de los Anabaptistas, y solo tenemos un padre comun, que es Adan. ¿De dónde se origina, pues, esa diferencia de rangos y bienes que la tiranía ha introducido, entre nosotros y los grandes de la tierra? ¿Por qué habremos de gemir en la pobreza y en el colmo de los males, mientras que ellos nadan en un mar de delicias? Volvednos, ricos del siglo, avaros usurpadores, volvednos los bienes que guardais injustamente.—El Todopoderoso espera de todos los pueblos que destruyan la tiranía de los magistrados, que reclamen su libertad con las armas en la mano, que se nieguen á los tributos, y hagan comunes sus bienes.—A nuestros piés hemos de verlos, como se les vió en otro tiempo á los piés de los apóstoles. Sí, hermanos míos, no tener nada propio, es el espíritu original del Cristianismo; y negarse á pagar á los príncipes los impuestos con que nos abruma, es sacudir el yugo de que ya Jesucristo nos ha librado.”

Con semejantes discursos, tomaban incremento el pillaje y la devastacion en Alemania, á lo que se seguian las mas sangrientas represiones y las mas horribles guerras.

Aunque el protestantismo era la causa de esto, no lo rechazaron los señores y los príncipes, por una razon muy clara: que les permitia á ellos tambien el pillaje de los bienes eclesiásticos, y rebelarse contra la supremacía espiritual, y que por consiguiente, la Iglesia y los sacerdotes, instituidos para guiarnos hácia las buenas obras, eran inútiles y tiránicos.

La manumisión que el Protestantismo introducía en el mundo, esa manumisión á quien tanto honor hace la opinión moderna, era así una manumisión de la virtud por la doctrina de la inutilidad de las obras, y una manumisión de la verdad revelada por la doctrina de la competencia que suponían á la razón humana para interpretarla. Es decir, que bajo estos nombres de manumisión y libertad, que embriagaron tanto al mundo, se hallaba muy positivamente y en realidad la tiranía, la doble tiranía de las pasiones y de los errores, la esclavitud de la voluntad y la inteligencia que introducía el Protestantismo. Aunque se quieran disfrazar las cosas con falsos nombres y aspectos, en el fondo y en realidad es esto, práctica y filosóficamente es esto.

Por eso el Protestantismo, desde su nacimiento, se inclinó directamente al Socialismo y al Comunismo, bajo los nombres de libertad, igualdad y fraternidad. Esto no se puede negar. Los frutos que debía producir en nuestros días de una manera general, los empleaba ya de una manera especial, y tan idéntica, que vemos se confunden los discursos de Münzer y de Luis Blanc.

En esto, el Protestantismo no hacía más que reproducir y continuar por sí mismo el destino de las herejías que lo precedían, y que todas [lo hemos visto de un modo tan evidente, que ha debido esto llegar para nosotros al estado de ley] nos presentan la relación generativa de estas tres cosas. Herejía,—Panteísmo,—Comunismo.

CAPITULO VI

PROTESTANTISMO DE CALVINO.

En todo lo que hemos espuesto acerca de la doctrina protestante, solo hemos invocado el nombre y los escritos de Lutero, y tal vez por eso nos habremos atraído el reproche de haber hecho pesar sobre el Protestantismo una responsabilidad que debe echársele encima á este Reformador. Cuando se considera sobre todo el carácter personal de este hombre extraordinario, y la relación estrecha, la adherencia íntima que existe entre su doctrina y este carácter, puede verse por lo menos un abuso, si no una injusticia, en la solidaridad que se quisiera establecer entre él y los otros doctores y discípulos de la Reforma; considerando que pues la libertad absoluta de exámen y de doctrina, es lo propio del Protestantismo, este parece poder evitar á cada paso dicha solidaridad, por la profesión de esta libertad que domina todas las doctrinas que produce.

Especiosa es esta doctrina, y aun viene á prestar nuevo apoyo á la tesis que sostenemos; por eso nos detendremos un instante en ella.